

Egipto: nuevo *espadón* al poder

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Con el término de *espadones* fueron conocidos los grandes militares que en la España de mediados del siglo XIX encabezaron los partidos políticos y accedieron a las más importantes instancias del Estado, en especial, a la jefatura de gobierno. Pues bien, la historia reciente de Egipto, tras la fundación de la República en 1952, parece estar mediatizada, asimismo, por el acceso de los uniformados al poder. Desde que en ese año el Movimiento de Oficiales Libres diera el golpe de estado que obligó a la abdicación del rey Faruk I, los militares y los acontecimientos violentos han protagonizado la mayor parte de los sucesivos cambios en la presidencia del Estado en el país del Nilo. El general Naguib fue acusado por otro militar, Nasser, de favorecer a los Hermanos Musulmanes, logrando así acceder a la más alta magistratura. El sucesor de Nasser, el también militar Sadat fue asesinado en 1981 durante un desfile por soldados de su propio Ejército pertenecientes al movimiento integrista Al Yihad. Hosni Mubarak, también militar y entonces vicepresidente, se alzó a la presidencia durante más de tres décadas, hasta que el 11 de febrero de 2011, tras varios días de protesta, renunció al poder, siendo entonces detenido y condenado en 2012 a cadena perpetua. Una vez más, las Fuerzas Armadas del país se hicieron cargo del poder hasta la convocatoria de elecciones. Éstas tuvieron lugar el 24 de junio de 2012, dando como triunfador a Mohamed Morsi, primer civil y primer presidente egipcio elegido democráticamente. Sin embargo, su carácter islamista y la grave situación económica y social por la que atravesaba el país provocaron un nuevo golpe de estado el 3 de julio de 2013, siendo Morsi derrocado. Entonces, en el nuevo gobierno interino de Adli Mansour fue nombrado ministro de Defensa el mariscal Abdul Fatah al-Sisi, convertido desde entonces en el hombre fuerte del ejecutivo y candidato a las próximas elecciones presidenciales.

En realidad, los comicios celebrados en Egipto durante los días 26 y 28 de mayo han supuesto la subida al poder de un nuevo *espadón* a la jefatura del Estado. Parece que la historia se repite una vez más. Protagonista del golpe de estado de 2013, mediante estas votaciones, la intención de al-Sisi era clara: buscar legitimarse en el poder. El problema radica, no obstante, en que resulta muy difícil hablar de unas elecciones democráticas cuando los Hermanos Musulmanes no han podido tomar parte en ellas, habiendo llamado al boicot de las mismas. Se calcula que desde los acontecimientos de julio de 2013 han muerto centenares de personas (entre más de un millar y tres mil, según las fuentes) y hay del orden de 41.000 presos. Estas elecciones, por lo tanto, han estado marcadas por la abstención, cifrándose la participación en torno al 47'5%, dato muy discutido por los Hermanos Musulmanes, que hablan de tan sólo un 10%. Además, el hecho de que, según fuentes oficiales, al-Sisi haya acaparado casi el 97% de los votos emitidos da cuenta del tipo de comicios practicados, habiendo cosechado su rival, el izquierdista Sabahi, unos resultados ridículos rozando el 3%. No parece, pues, que estas elecciones hayan sido ni muy democráticas ni muy limpias, a pesar de lo afirmado por los observadores internacionales. Sea como fuere, los más de 25 millones de egipcios que han votado están muy lejos de los 40 o 45 millones que al-Sisi había reclamado en la campaña electoral. Por consiguiente, ese intento de tratar de legitimar al *espadón* que protagonizó el golpe de estado contra el depuesto presidente Morsi se ha quedado a medias. En verdad, no se han cumplido todas las expectativas. De ahí que los Hermanos Musulmanes hayan declarado que están dispuestos a seguir dando la batalla.

Tres años después del derrocamiento de Mubarak, Egipto sigue inmerso en la crisis política y en el caos económico y social, no vislumbrándose, de momento, vías de salida. Tal es así que lo primero que ha proclamado el nuevo presidente tras su elección es que mantendrá la “mano dura” y que la democracia plena tardará en llegar a Egipto entre 20 y 25 años. Tales afirmaciones pueden significar varias cosas. Primero, tolerancia cero con la Cofradía, cuyos miembros están siendo encarcelados sistemáticamente. Segundo, que cualquier opción política organizada desde los Hermanos Musulmanes parece abocada a ser reprimida y a no participar en el juego político.

Tercero, que las revueltas en favor de la democracia que llevaron a la caída de Mubarak no han servido prácticamente para nada. Y cuarto, que, como ha sucedido durante la mayor parte de la historia de Egipto, las Fuerzas Armadas van a seguir desempeñando un papel primordial en la vida política del país. Al-Sisi, como Nasser, Sadat o Mubarak, se erige en el nuevo *rais* o *espadón* que ha de procurar a Egipto estabilidad, prosperidad y prestigio internacional. Por cierto, tarea nada fácil, aunque para ello podrá contar con Arabia Saudita y las monarquías del Golfo, que, aparte de los millones ya desembolsados, han propuesto la celebración de una conferencia de donantes con el fin de atajar la maltrecha economía egipcia, donde en torno al 40% de la población subsiste con menos de dos dólares al día. La cuestión radica en que me temo que los problemas de Egipto no se resuelven sólo con dinero. Serán precisas mayores dosis de realismo político y de tolerancia para canalizar la gran división existente en un país que, por otro lado, sigue siendo un actor principal en la región del Próximo Oriente. Por todo ello, llegados a este punto, uno podría preguntarse, a la manera del viejo refrán castellano, si, después de tres años sin Mubarak, eran necesarias estas alforjas para semejante viaje.

9 de junio de 2014

Publicado en *El Diario Vasco*, 22 de junio de 2014, p. 28